y debería producir cien veces más de lo que se produce. Y los productos en cambio, se pudren en los almacenes, en los campos, porque al capitalista no le conviene la abundancia.

El «derecho de propiedad» es un obstáculo al progreso, es un enemigo del bienestar del obrero, es una fuente de vicios, de discordia, de delitos, de usuras; es una institución incompatible con las necesidades, con las ideas y con los sentimientos de nuestra época.

En virtud de este derecho, unos pocos individuos han secuestrado y usurpado todos los beneficios de la civilización. Unos cuantos accionistas de los bancos, de los ferrocarriles, de los grandes establecimientos, tasan a su placer el trabajo. A medida que aumenta la población y las necesidades del obrero, aumentan aquellos sus pretensiones, elevan sus rentas y beneficios y acrecientan el valor de sus propiedades y de sus capitales. Este valor deriva enteramente de hechos y condiciones extrañas e independientes del mérito de los propietarios y capitalistas; este valor es obra y creación de la sociedad. Y por esto a la sociedad entera, no a unos pocos monopolizadores, deberían pertenecer la tierra y los capitales. Los instrumentos del trabajo deberían pertenecer a los obreros asociados. La propiedad individual tiene que abolirse y reemplazarse con la propiedad común o socializada.

F. S. MERLINO

El misticismo en las ideas

Deducir ideas de los hechos y conformarse platónicamente con saber, sin tener propósito alguno de reducir a su vez esas ideas a hechos, a otros hechos que en alguna forma nos beneficien, nos sirvan de algo, es concretarse a vivir teóricamente, entregados a especulaciones mentales sin otra utilidad ni trascendencia que el placer de pensar.

Las ideas se forjan en la mente, para ser vividas, para convertirlas en realidades. Tienen que ser fuerza, acción, motores y guías, aspiración e impulso, sin lo cual su valor es equivalente al de una poesía, al de un trozo de música que durante un cuarto de hora nos deleite y distraiga de las penalidades y esfuerzos cotidianos.

Una idea sin fuerza de realización, es una idea sin sentido, una idea-cadáver.

Y no hay, ni aun en la astronomía que es un conjunto de teorías, de leyes hipotéticas deducidas de los movimientos de los astros—hechos del espacio—nada que carezca de utilidad, de aprovechamiento, que pueda dejar de servirnos en algún modo con sus enseñanzas. Posiblemente no podremas influir jamás en la eclipse de un cometa, y el conocimiento que adquirimos de los hechos del espacio, será en general, teoría pura, más no obstante, la fórmula de saber, no es lo interesante en los estudios astronómicos, sino la de aprovechar en alguna forma lo que se aprende para facilitar la vida en la tierra. Así las leyes de los fenómenos sísmicos, las de las alteraciones atmosféricas, deducidas del conocimiento del sol, van siendo utilizadas para prevenirse contra los temblores y salvar las cosechas de las lluvias perjudiciales. Saber que ocho veces ocho equivale a sesenta y cuatro, sería un saber inútil si en la práctica no se le encontrase aplicación. Las investigaciones geológicas carecerían de objeto apreciable, serían curiosidad pura, si de ellas no se hiciesen deducciones capaces de rectificar las leyendas religiosas libertando a los hombres del prejuicio mitológico y sus funestas consecuencias. Podrán los hombres de ciencia investigar un fenómeno cualquiera simplemente por espíritu de investigación, de análisis, de escudriñamiento, pero sus investigaciones serán siempre aprovechables, en hechos, o no valdrán absolutamente nada.

La teoría pura, la idea pura, sin posibilidad de realización, sin fuerza alguna efectiva, incapaz de determinar la acción, es un sueño, es como el divagar de un incoherente privado de juicio.

Las ideas son para realizarse. Y la realización no se puede efectuar más que accionando. Tratando de llevarlas a la practica. Un anarquista, que tiene de la Anarquía el concepto de idea pura, de simple teoría, de especulación cerebral, es más bien un místico, que no un partidario de un sistema social cuya realización libraría a los hombres de gran parte de los sufrimientos que hoy les embargan. Y es contra ese concepto platónico de idealismo, contra el que los anarquistas tenemos que precavernos, porque adormece las energías individuales obrando a manera de opio sobre el organismo.

La voluntad de querer, la voluntad de obrar, la voluntad de llegar a la vida anárquica, a la Anarquía, es la que hay que cultivar tesoneramente sin descanso, en nosotros y en los demás, para evitar la influencia letal del misticismo que en algunos da al Ideal aspectos de religión, sobreponiéndolos a lo que tiene de realidad viviente, material, social.

EDUARDO G. GILIMON

Obrerismo y anarquismo

Hay una invasión de teorías sedicentes sociales, a las que hay que oponer un franco y elevado criterio anarquista.

Se confunde con demasiada frecuencia al anarquismo con el obrerismo.

Porque somos los obreros los que más hemos menester que el anarquismo cuaje en realidades, ha podido originarse este equívoco.

Sin duda alguna, la cuestión social no será amplia y humanamente resuelta, hasta que sea en el mundo la anarquía. Pero esto no quiere decir, en modo alguno, que el anarquismo sólo de importancia a esa cuestión.

El anarquismo abarca todos los aspectos, todas las cuestiones, todos los problemas. En tanto quede algún motivo, por fútil que sea, sin dilucidar, la sociedad libertaria no estará aún completamente implantada.

Analizada en sus más profundas modalidades la idea ácrata, obsérvase este hecho. La cuestión social sólo es un problema de los múltiples que han de solucionarse para que el hombre sea libre en toda la amplitud de la palabra. Quedan después los grandes problemas morales, que son importantísimos; los de educación, los de cultura, los de ascendente perfeccionamiento. Una sociedad imperfecta como lo es la actual, si antes una considerable mayoría de hombres no se capacitan para dar impulso a las ideas que hayan de prevalecer después de ser derribada, luego de ser hundida, se ahogarán estas ideas también en el caos de imperfecciones. Nadá importaría que los hombres en un momento dado se emanciparan económicamente, sino estaban preparados para defender su situación, para desenvolverse armónicamente, para saber hacer buen uso de la libertad que traería aneja la emancipación económica. Si los problemas de orden moral se han descuidado, todavía no se vive, por muy libre que se sea económicamente, en la verdadera libertad.

Ello sería la satisfacción material del organismo; pero no es ésta, de ningún modo, la aspiración libertaria.

En este terreno, todos los privilegiados de ahora podían afirmar que viven en anarquía. Si se reduce la cuestión al aspecto económico, no creo que pueda ponerse en duda la precedente afirmación.

De aquí parte el error principal de confundir los términos obrerismo y anarquismo.

El obrerismo persigue mejoras inmediatas, que muchas veces, aparte las lecciones que se consigan en la lucha, no son tales mejoras. El anarquismo se encamina hacia un porvenir de liberación total del género humano en todos los órdenes de la vida.

Pueden, al través del tiempo, transformarse las luchas obreras en luchas por el ideal, pero en principio no encarnan la ideología ácrata.

El obrerismo trata de mejorar la situación del obrero; el anarquismo quiere y labora por un porvenir en que no haya obreros.

Como el triunfo del anarquismo significa la desaparición del absurdo orden de cosas actual, obreros y patronos, explotados y explotadores, con su triunfo, claro es que triunfan también los obreros, pues que únicamente entonces habrán mejorado de una manera definitiva su situación. Y de aquí que sean los obreros los que más han menester de una sociedad anarquista, puesto que ellos son los que más directamente sufren las consecuencias de la mala organización presente.

Los teorizantes de la cuestión social a que antes hemos hecho alusión, confunden los dos términos, quien sabe si por ignorancia de la significación de cada uno de ellos, o si para sembrar cierta confusión en las gentes ávidas de saber, que no saben a qué atenerse frente a las ideas que van ganando cada día más terreno en las colectividades.

Es por esto que debemos señalar nuestra actitud y extenderla y propagarla para que se tenga de ella conocimiento. Estamos con los obreros nosotros que obreros somos, porque sus movimientos, que son nuestros, revelan el descontento y la protesta ante la explotación y la injusticia. Pero no indica esto que hayamos olvidado las finalidades del anarquismo, aquellas que son ajenas a las luchas obreras. Sabemos que la cuestión social no se resuelve en tanto no sea sobre la tierra el anarquismo, pero no hemos olvidado que no es esa la única cuestión a resolver.

El obrerismo, como la mayoría de las teorías actuales, está llamado a desaparecer mañana. Es transitorio.

El anarquismo es el ideal de todo hombre que se interesa por el bien colectivo y por el perfeccionamiento de la humanidad. Porque él encarna la emancipación económica, moral e intelectual del género humano. Cualquiera de estas emancipaciones aisladas, pueden darse hoy en uno u otro sentido, pero eso no es todavía toda la libertad que el anarquismo preconiza.

Mañana, cuando la anarquía, en el más elevado sentido de la palabra, sea la que rija los destinos del mundo, aún habrá hombres anarquistas del más allá, propagadores de un mayor perfeccionamiento.

Porque la evolución no puede cesar nunca...

DIONYSIOS

CRÍTICAS AJENAS

Es Gabriel Alomar, entre los escritores que no son anarquistas, acaso el más sincero de todos. Su independencia, su espíritu observador, esa cualidad de analizador desapasionado que le es peculiar, le eleva por encima de toda la turba de escritores que nunca se sabe como piensan, ni cual es su opinión ante un aspecto cual quiera de las múltiples cuestiones y acontecimientos que se suceden a medida que la evolución va marcando su ruta.

Serena, ecuánime e imparcialmente estudia las distintas fases de un problema. Antepone siempre a la pasión, la verdad. Claro es, que su punto de vista no es el nuestro. Pero escribe lo que piensa con sinceridad, sin sofismas ni reservas mentales, elevadamente.

Hoy, cuando tan extraño es encontrar un escritor sincero, decir que Alomar lo es, aunque esté bastante alejado de nosotros, significa un elogio merecido.

El artículo que reproducimos, aparecido en *El Liberal* de Bilbao, viene a confirmar esta opinión nuestra.

Ningún escritor ha sabido colocarse en el terreno que Alomar. El prevé que los socialistas serán colaboradores de la burguesía. Y porque serán mañana esto que Alomar no quiere que sean, es por lo que el escrito tiene aun más valor.

Después del análisis que en estas columnas se ha hecho de la labor de los socialistas, después del artículo del camarada Prat aparecido la semana pasada, este de Alomar viene a terminar un estudio esbozado, al cual aporta datos muy interesantes, como lo son, el convenir con nosotros en la inutilidad de las leyes llamadas obreras.

Excusado es decir que no suscribimos por entero el artículo de Alomar. El juzga el socialismo desde otro terreno, seguramente menos firme que el nuestro. Pero puede aprovecharse su sinceridad para nuestra labor de crítica. Tanto en lo que respecta a ese temor de que los socialistas no respondan a su significación ideológica que se confirmará un día, como en las últimas apreciaciones acerca de la Revolución Rusa, el acierto es bien manifiesto.

Ya que entre ellos nadie se atreve a hablar así, nadie tiene la independencia de escribir así, conviene señalar estos argumentos salidos de pluma ajena y que vienen a confirmar todas nuestras apreciaciones.

Por el socialismo político

El espíritu nuevo

He leído en un periódico ilustrado (según la acepción pintoresca que suele darse a la *ilustración*) un consejo filisteo y *sensato* (de sentido lo más *común* posible) a mis amigos, los nuevos diputados socialistas. Y como ese consejo, en una u otra forma, ha recorrido la prensa noticiera y neutralizante, quiero dedicarle aquí unas líneas, como contraveneno; o mejor, como cauterio purificador. De todas maneras, no creo que un consejo burgués pueda hacer gran mella precisamente en los propósitos del socialismo... El consejo es este: «Esperamos que los nuevos diputados socialistas se penetrarán de su verdadera misión como representantes de los intereses del obrero español, y evitarán los fáciles triunfos vocingleros para uso de la galería. No olviden que el maximalismo ha causado la destrucción de Rusia y ha dado al mundo un espectáculo deplorable...» Etcétera, etc.

De ninguna manera, queridos adversarios. Los diputados socialistas no representan los intereses del obrero, sino todo lo contrario del concepto materialista y menguado de interés: el ideal. Cuanto menos *práctica* sea su acción, cuanto más se encamine a las amplitudes de la total renovación política, tanto más eficaz será, aun para aquellos mismos intereses obreros que el tartufismo burgués finge defender. La eficacia de nuestra acción podría medirse por el graznido de las ranas esópicas en el pantano...

La lucha de clases, según como fuese interpretada, podría resultar una fórmula favorable para la tranquilidad de los burgueses. Si los obreros se aviniesen a tratar su causa como un regateo de relaciones económicas con las clases burguesas, ello significaría que consienten en la continuación del régimen capitalista. Ese tira y afloja de las leyes obreras, arrancadas a los Gobiernos como una concesión que se cobran con una fácil y decantada aureola de amigos del proletariado, es un afianzamiento gradual del régimen. Es la forma parlamentaria de la limosna; una limosna dorada. El rico está dispuesto a lanzar a los dioses tenebrosos de la Revolución el anillo de Policrates, para desagraviarlos con un bello timo, dando el óbolo para excusarse de dar el talento. Mi gran amigo Jaime Brossa llamó un día a esas concesiones, gráficamente, *pólizas de seguro contra el pedrisco*.

Escribo este artículo al siguiente día del comienzo de la discusión parlamentaria sobre la huelga de agosto. Y acabo de leer, en los informes telegráficos, un explícito elogio de la moderación con que fué iniciado ese debate; elogio que se corresponde sarcásticamente con un comentario tranquilizador de buen burgués... «¡No pasará nada!».

Es preciso que el socialismo sea acusador, y no colaborador; es preciso que sea el *espíritu nuevo*, y no la curatela de una casta. La clase obrera tiene que luchar precisamente para dejar de serlo, para dejar de ser casta, encerrada en la transmisión de la miseria, como las castas antiguas se fundaban en la transmisión de la sangre. Y hablo de la miseria espiritual, y no ya de la física, que es la menos importante. El trabajo, entendido como dinamia puramente mecánica, es una fuerza material viviente, opuesta al capital, que es una fuerza material muerta, estática, la inercia de un impulso extinguido, la *mano muerta* de la propiedad individual. Sólo una dignificación consciente, anímica, puede comunicar a la acción del proletariado el valor de creación; el alto valor subversivo.

Las izquierdas españolas, desde la Restauración, han concretado su aspiración en una palabra donde se ha visto, con error, un significado exclusivamente formal: la palabra República. Y la República no es una mera forma de gobierno, sino el dominio pleno de la materialidad social *(res)* por el Pueblo. Así entendida, se corresponde exactamente con el significado de socialismo, o mejor *socialización*, plenitud de *cosa pública*. La misma comparación podría hacerse con la palabra *democracia*. La *cracia*, el poder, es la relación de dominio entre el *demos*, poseedor y la cosa poseída, la *res pública*.

Por consiguiente, es un ardid grosero el querer neutralizar la escuela republicana con la socialista, como si ésta fuera la vacuna o profilaxis contra aquella. Cuando el socialismo olvidara su plena significación política, se convertirá en esclavo, cebado bajo la mesa de sus propios enemigos.

Recuerdo que el fulgurante escritor argentino Leopoldo Lugones, en varios artículos, ha censurado en el socialismo su tendencia materialista, lo que llamaríamos *realpolitik*. Gran parte del socialismo alemán, acaso por influencias del medio, ha dado pruebas de un realismo político tan duro y áspero como el de los imperialistas. Y no se olvide que el sindicalismo francés ha sido el aliado natural de la reacción monárquica y católica.

En España, el socialismo nace a la plena vida parlamentaria cuando la obra de la revolución política está todavía sin consumar. Mal podemos hablar de renovaciones sociales cuando la educación popular ha sido obstruida, interesadamente, por el régimen y por la religión. Se ha querido salir al paso a la Revolución incapacitando al sujeto de todas las revoluciones, el pueblo. Y ello nos conduce a tratar de la intolerable acusación que se hace al maximalismo ruso, achacándole las propias culpas del régimen que derribó. Todo el ahinco del sistema zarista consistió en esa castración espiritual del pueblo; en extirpar el órgano de la actuación política, la conciencia de soberanía en el pueblo esclavizado, embrutecido para que más dócil fuese su materia, su *masa*, en manos de la tiranía imperial. Y cuando la muchedumbre popular, inexperta, infantil, se arriesga a dar sus primeros pasos de libre, es acogida cínicamente, por la invectiva de los que en vez de preparar las futuras evoluciones del pueblo se obstinan en sustraerlo al crecimiento y al desarrollo, como quien impidiese al niño convertirse en hombre... ¡Ah! La grandeza de un régimen se mide precisamente por la solicitud con que prepara y educa el régimen que ha de sustituirlo. Los regímenes mejores son los que más conciencia tienen de su inestabilidad, de su condición pasajera, de su continuo *devenir*. La perfectibilidad de un sistema político es tanto mayor cuanto más convencido está de la propia imperfección.

El maximalismo ruso, violenta y pasional experiencia de improvisación de un régimen todavía utópico sobre una masa social virgen y primitiva, es un caso histórico demasiado interesante para que se le trate con un criterio molieresco de Geroncios. Ese león enfermo no merece la coz del burro. Luchando contra nubes de enemigos, viendo alzarse contra él improvisadas fronteras interiores, su persistencia es más inverosímil que lo fué la de la república de 1793. Y así como entonces la vieja nobleza de Francia se unió a los prusianos contra la patria, y con ellos entró en París después de Leibzig, y después de Waterlóo, así también la nobleza y la burguesía de Finlandia y de Ukrania han invocado la ayuda germánica para oponerse a la libertad de sus pueblos y han preferido sus propios intereses a la independencia de la patria. No de otro modo procedieron, en la España de 1823, ante la intervención de los Cien Mil Hijos de San Luis, los mismos que habían rechazado en 1808 la intervención de la Francia napoleónica.

GABRIEL ALOMAR

UNA INFORMACIÓN IMPORTANTE

Nuestros estimados camaradas de *Solidaridad Obrera* tuvieron el pasado domingo un ruidoso éxito periodístico. Después de tanto que se ha hablado del espionaje alemán, lo único que se ha dicho concreto, definitivo, ha partido del diario sindicalista.

No podía ser de otro modo. Los que en realidad somos los más fieles servidores de la verdad, un día u otro llega la ocasión de patentizarlo bien alta y bien imparcialmente.

La información de *Solidaridad Obrera* no se basa en suposiciones más o menos probables; se asienta en hechos, citando pruebas, con autógrafos que son por sí solos una acusación.

El policía Brabo Portillo es el acusado; de él son los autógrafos que *Solidaridad Obrera* ha publicado. Y tiene más valor el hecho, la información, porque parte del órgano de los sindicalistas, a los que tanto se ha traído y llevado, pretendiendo manchar sus actuaciones, como si ellas obedecieran a extrañas influencias, a la del oro alemán inclusive.

Véase como no son los obreros, las colectividades sindicadas las que se mueven y actúan al servicio de una potencia extranjera.

Bien al contrario, es a un representante de la autoridad a quien se ha acusado desde un diario obrero, con documentos importantes.

No sabemos el resultado que se obtendrá de todo esto; pero, por de pronto, se ha puesto en evidencia que un jefe de policía aprovechaba su situación para servir a determinada nacionalidad, en tanto que se acusaba de una forma ilógica a la clase trabajadora, y en tanto también que ese mismo policía la perseguía y la encarcelaba...

Aprovechen todos la lección. Sépase de una vez a quien defiende *Solidaridad Obrera*, a la cual felicitamos por su acertada gestión para que la verdad sea esclarecida.

Ya veremos ahora lo que ocurre. Ya sabremos después a qué atenernos.

Los dos boticarios

En una misma calle y frente por frente, vivían dos boticarios.

Era el uno un hombre adusto y malcarado, corto de palabras y nada ambicioso, pero concienzudo y esclavo de sus convicciones.

El otro, muy al contrario, era amable y hablador; no huía nunca de sus labios la sonrisa; sus palabras eran azucaradas y su voz melosa.

Fabricaba el primero unas píldoras que eran un soberano remedio contra el paludismo que infectaba el país; pero eran amargas y apestaban a la legua.

El segundo elaboraba otras píldoras que, en verdad sea dicho, no curaban nada, ya que sólo contenían miga de pan y azúcar; pero eran tan redonditas, tan lisas y tan doradas, que daba gozo verlas.

Y, ¡cosa rara! Mientras todo el pueblo temía la enfermedad,—más que por ella misma, por las repugnantes píldoras amargas,—la mayoría de los enfermos soportaban el mal hasta con cierta complacencia, sólo por el gusto de tragarse las píldoras de azúcar y miga de pan; ¡eran tan redondas, tan lisas, tan doradas!

Y ocurría, naturalmente, que todo el mundo se apartaba del primer boticario como de una mala cosa, mientras que todos, enfermos y sanos, iban en procesión a la farmacia del segundo.

Está claro, que de vez en cuando, pasaba por el pueblo algún ilustrado doctor, que al analizar las píldoras del primero las ponía en las nubes, y en cambio, al examinar las del segundo, se encogía de hombros con desprecio... ¿pero y qué? ¡Si el propio doctor se veía obligado a huir del pueblo, perseguido por la mofa de los mayores y las pedradas de la chiquillería!

Y así, de año en año, fué prosperando el embaucador sin conciencia, mientras que el hombre sabio y recto moría en el olvido y la miseria.

¿Cuál de los dos boticarios tenía razón?

«¡Aquél, aquél!» dicen, voceando, los partidarios de las píldoras doradas.

Y, creedme, ¡es muy peligroso llevarles la contraria!

APELES MESTRES

Las maniobras de Miguel Pascual

Como saben nuestros lectores, el día 30 del pasado mes había de celebrarse en Madrid una conferencia pública de controversia en la que un delegado de la organización obrera y nuestro compañero Herreros, habían de deshacer todas las patrañas expuestas en *El Sol* y en *El Parlamentario* por Miguel Pascual.

Siempre creímos que, a pesar de ser ellos los proponentes de la reunión, harían lo posible porque no se celebrara, pero creímos preferible aceptarla a dejarles el campo libre para que siguieran *berreando* con el tópico de que no aceptábamos porque no podríamos defendernos.

En estas condiciones íbamos a la controversia, y tanto las convocatorias para la misma como la instancia dando conocimiento del acto, fueran redactadas de modo que las autoridades no pusieran obstáculos para su celebración, y la instancia fué admitida y la controversia autorizada; pero he aquí que por la noche sale *El Parlamentario* con títulos como: «Miguel Pascual y el príncipe Ratibor», que eran como una llamada a las autoridades para que la conferencia fuera suspendida, como ocurrió, notificando la autoridad que no podía celebrarse la controversia ante el temor de que surgieran reclamaciones de alguna nación extranjera.

El juego, que ya estaba descubierto, quedó confirmado.

***

Todos sabemos que, con ocasión del conflicto promovido por las mujeres con motivo del abusivo precio de las subsistencias, se declaró el estado de guerra en Cataluña, y que aprovechando este estado excepcional, toda la prensa, incluso la que se llama avanzada, realizó una campaña tan infame como cobarde, contra la organización y prensa obrera catalana. *El País* publicaba verdaderas infamias que desde Barcelona enviaba el redactor de *La Lucha*, Pquito Agauirre, y a la cabeza de los periódicos difamadores marchaba el periódico de La Papelera, *El Sol*. En este periódico, como complemento de la labor que había de acabar con la organización obrera catalana, apareció la ridícula información de Miguel Pascual, diciendo que la prensa y la organización obrera de Cataluña estaban al servicio de la embajada alemana, y como en dicha información aludiera a un individuo que creyó que el asunto debía pasar a los tribunales, demandó a *El Sol* por injuria y calumnia, pero este periódico, ante el temor de ser condenado, rectificó al día siguiente, no volviendo a ocuparse más del asunto, pasando la campaña difamadora, *junto con Miguel Pascual*, a *El Parlamentario*, que al recibir el encargo de continuar la campaña empezada por el periódico de La Papelera, aumenta su tamaño, publicando dos hojas en vez de una. Como se ve, el combatir a los sindicalistas y anarquistas es un buen negocio. Y si de combatirlos se encarga algún individuo que se haya significado en la propaganda, es decir, *uno de la familia*, negocio redondo.

No sería el primer caso en que los primates de la política subvencionaran periódicos avanzados para combatir a los anarquistas. Moret, siendo presidente del Consejo de ministros, lo hizo. Y queremos hacer constar aquí, en honor a la verdad, que *El Cencerro* rechazó dignamente las proposiciones del perfumado ministro.

Y los casos se repiten en la historia. Porque aquí, entre el fárrago de los artículos publicados por Miguel Pascual, sólo se saca una conclusión terminante:

Que de manera que no admite duda alguna, sólo queda probado, por confesión propia, que Miguel Pascual se puso primero al servicio de la embajada alemana y después al servicio de los aliados, y que antes de *prestar estos servicios* abandonó el trabajo, que para él era una carga muy pesada.

Y de aquí salen todos los males, todas las bajezas que el hombre comete: de que sin haber heredado ninguna fortuna, hayan nacido cansados de trabajar o se hayan cansado siendo todavía muy jóvenes.

Y nada más.

La organización obrera, como la prensa sindicalista y anarquista, no perderá el tiempo tirando piedras a los que salgan ladrando en su camino, y seguirá imperturbable su marcha *Verso la parte donde si leva il sole...*